



Arzobispado de Mercedes-Luján

Mercedes, 1 de abril de 2026

Querida Iglesia de Mercedes-Luján,
y especialmente ustedes, queridos hermanos sacerdotes.

Meditando la Palabra de Dios que se nos ofrece en esta celebración y pensando en ustedes sacerdotes de nuestra Iglesia, quise detenerme en el significado de “la mirada”. Me pareció que vale la pena meditar unos minutos sobre el desafío de estar frente a la mirada que nuestro Pueblo tiene de nosotros y la exigencia que esa mirada conlleva. Sabiendo además, que es muy propio de este tiempo el enorme valor que se le da a la imagen y el exponerse a la mirada de los otros.

En el libro del profeta Isaías se nos decía: *“Todos los que los vean, recordarán que son la estirpe bendecida por el Señor”*. En la lectura del Apocalipsis, escuchamos: *“Él viene entre las nubes y todos lo verán, aun aquellos que lo habían traspasado”*. Y en el Evangelio de Lucas: *“Todos tenían los ojos fijos en Él”*.

Ver, mirar, hace a nuestra condición humana y religiosa de la vida. Mirar, mirarnos, hace a la esencia de nuestra fe y de nuestro ser sacramental. Necesitamos mirar, no para comprobar como Tomás, que quiso mirar las llagas del Señor, necesitamos mirar para creer, para creernos.

Cuando la fe es vital y esencial para encontrarle sentido a la vida, hasta un ciego necesita ver.

Llama la atención la mirada que tienen hacia Jesús: *“los ojos fijos en Él”*, que es el Jesús histórico. Pero también la mirada del autor del Apocalipsis, la mirada *“del traspasado”*, que es el Cristo resucitado y glorioso. Es una mirada profunda hacia el Señor de la historia y el Cristo de la fe.

Las primeras comunidades son fundadoras de nuestra manera de ver al mismo Señor de la historia y de la fe, y por eso, son originantes de nuestra manera de comprender toda la realidad. Se animaron a sostener sin miedo esa pregunta fundamental, que también nosotros debemos hacernos hoy: ¿Qué vemos al mirar a Jesúscristo?

Quiero responder brevemente a esa pregunta, pero me interesa fundamentalmente que nos preguntemos: ¿Qué ve el Pueblo de Dios, cuando nos mira?, ¿qué desearía ver en nosotros?, ¿qué deseamos nosotros que vean, cuando nos ven? La respuesta tiene que ver con nuestro ser sacramental.

Son preguntas que debemos responder personalmente, pero también las debería responder el cuerpo presbiteral, porque que estamos exigidos en esta etapa de la historia en la que deseamos ser una Iglesia Sinodal, repensar nuestro ser y hacer sacerdotal. Es tiempo de recrear nuestra vida y ministerio bajo la mirada del Pueblo de Dios que es esencial para esta renovación y tiene mucho para decirnos. Debemos confiar en esa mirada profunda y profética.

Ver a Jesús con los ojos bien abiertos.

Jesús es una persona extraordinaria. Personalmente, en mi oración, muchas veces dejé volar mi imaginación tratando de ubicarme en diversas situaciones de su vida y todo en Jesús cautiva, sus palabras, su manera de relacionarse, sus gestos, sus silencios, su corporalidad, su afectividad, en fin, todo en Él es atractivo. Jesús irradia vida, luz, sentimientos positivos, deseos de estar y caminar con Él. Quién ve a Jesús queda como imantado y siente que en Él, está la posibilidad de encontrar lo que cada persona va buscando en la vida.

Esa transparencia que el Señor tiene para manifestar a Dios y al Reino, se da de manera sublime. Ningún otro podrá decir: *"El que me ha visto, ha visto al Padre"* (Juan 14,9).

Por eso, toda la vida sacramental de la Iglesia tiene en el mismo Jesús histórico y glorioso su fuente, a la que debemos ir a beber para ir configurando en toda la realidad, en toda la Iglesia y también en nosotros, su misma sacramentalidad.

No podemos prescindir del Señor hecho carne. Para ver a Dios y a toda la realidad desde Él, necesitamos ojos nuevos, que solamente podemos alcanzar mirándolo a Jesús. Así, la contemplación del Señor no es una experiencia exclusiva de las personas consagradas y contemplativas, sino que es lo propio del creyente cristiano. Todos necesitamos contemplarlo a Él una y otra vez para descubrir que su humanidad histórica y resucitada, toda su humanidad, la de las llagas y la gloriosa, habla de Dios y de la realización del proyecto de Dios.

¿Por qué aquellas personas tenían los ojos fijos en Él? y ¿por qué necesitamos también nosotros fijar en Él nuestra mirada? Porque en Jesús y solamente en Jesús, encontramos el sentido de lo que somos y de lo que podemos llegar a ser. Y ese sentido existencial lo descubrimos cuando nos abrimos a la sacramentalidad de lo creado y de los signos que la Iglesia privilegia como sacramentos. La vida necesita de los sacramentos por los cuales y mediante la fe, podemos verlo a Jesús y entre esos signos sacramentales estamos nosotros. ¡Nosotros somos sacramento!

A nosotros sacerdotes, el Pueblo de Dios nos mira.

También a nosotros el Pueblo de Dios nos mira y si bien entre nosotros y Jesús la distancia es infinita, también estamos llamados a manifestar e irradiar a Dios y a su Reino.

La realidad es que somos sacramentos de Jesús y su evangelio y pesa sobre nosotros la exigencia de transparentar en nuestro ser y hacer, una realidad que si bien nos trasciende, por la transformación y configuración que operó en nosotros el Sacramento del Orden, nuestra mayor misión es hablar de Dios con nuestra propia vida y conducta.

La vida pública se ha convertido en un desafío para toda persona. Todos somos observados. Ya casi no hay vida privada. Algunos comparten mucho de su vida a través de las redes. Personalmente pienso que esta sobre-exposición es correr el riesgo de vivir al ritmo del mundo, que al exteriorizarlo todo, pierde la intimidad que toda persona necesita para tener vida propia y crecer en interioridad.

De todas formas, nuestra vida publica es muy rica. Celebraciones litúrgicas, predicaciones, acciones pastorales, visitas a las casas, estar con los pobres, los enfermos, los jóvenes, acompañar en el momento de la muerte. Es mucho lo que hacemos frente a los otros.

Es verdad, que a veces muy cansados, desmejorados, incluso malhumorados, corremos el riesgo de desfigurar la imagen de lo sagrado que hay en nosotros. Sin embargo, la sacramentalidad, tal como la planteó Jesús, contempla la posibilidad que el que debe dar testimonio del evangelio con su vida, no cargue con ese “deber ser” de la imagen tal como la plantea el mundo, que tiene más que ver con una superficialidad maquillada. Porque el mundo busca imágenes exteriores muy exquisitas, pero sin importarles lo interior. Por el contrario, para Dios, la vida interior de todo ser humano y en nuestro caso como sacerdotes, puede manifestarse en una exterioridad pobre, herida y lastimada. La Cruz, nos decimos muchas veces, tiene una belleza, una luz que al conectarlo con el “misterio”, genera algo difícil de decir, pero ahí está la Verdad, el Bien, la Belleza, la Unidad, que no necesita maquillarse.

Justamente, la ontología del ser sacramental y lo sabemos, permite que el signo cargue con la pobreza de los límites que impone lo propiamente humano y que el mismo Jesús enfrente en las limitaciones de su propia humanidad y que entre otras cosas, hizo que sea rechazado, porque no todos supieron ver a Dios en él.

No por algo Jesús hace que los pobres, los enfermos, los presos, los sinteco y sin casa, los que tienen hambre y no tienen ropa y los rotos del mundo, sean sacramentos suyos. Nosotros podemos estar numerosas veces entre ellos, cuando desfiguramos nuestro testimonio con una vida en la que nuestras infinitas miserias quedan expuestas. Aun allí seguimos siendo sacramentos y el Pueblo de Dios lo ve. El Pueblo de Dios se da cuenta de esa autenticidad pobre. Ve, olfatea y palpa nuestras luchas por ser fieles. Por momentos, luchas a brazo partido. Y porque ve, sigue apostando por nosotros con una fidelidad que conmueve hasta las lágrimas.

Nuestra vida interior también es visible.

Hoy, muchas veces, de lo privado se hace un espacio impenetrable, defendiendo de alguna manera una forma de vida individualista. Algunos sienten que en lo privado pueden vivir de otra manera, con menos exigencias, más relajados. El riesgo de esa escisión es que al principio puede ser algo llevadero, pero a mediano plazo, genera vacío y angustia. No se puede vivir otra vida allí donde aparentemente nadie nos ve.

La vida privada, la que no es tan visible a los ojos de nuestro Pueblo, digo “tan visible”, porque de alguna u otra manera algo se percibe y por eso no es tan invisible, esa vida que está marcada por la soledad, el silencio y lo íntimo, se vuelve más exigente que la pública y no sólo porque “*el Padre ve en lo secreto*”, sino porque nosotros mismos nos vemos y allí, en lo más interior y sincero, sentimos con frecuencia un reclamo de vida más auténticamente evangélica. Y eso se ve.

La experiencia contemplativa, lleva a una vida mística y así como en la contemplación del Cristo total, el de la historia y el de la fe, nuestro pueblo cuando nos contempla desea ver más allá y ese plus, esa vida más auténtica y coherente, sólo se certifica en una vida privada, llena de interioridad.

Es posible, que bajo la mirada de Dios y del Pueblo de Dios, vengan sobre nosotros una especie de sobre-expectativa y sobre-exigencia insanas. Muchas veces y de muchas maneras, compramos el sacerdote idealizado que nuestras comunidades nos proyectan, o que tenemos nosotros de nosotros mismos. No estamos exentos de los juegos narcisistas, y egolátricos de la época.

Sin embargo, la vida espiritual vivida en una soledad sana, en una intimidad fecunda, en una cotidianidad llena de normalidad y en una oración fiel y perseverante, son como una tierra buena para que germinen personalidades sacerdotales maduras y que tanto aprecia el Pueblo de Dios y tanto necesita.

Pero además, nadie está exento de las enfermedades, las pruebas, las tentaciones, las caídas, los fracasos, las dudas, los dolores, el miedo. Nadie está llamado a ser un super hombre. Todos somos frágiles y el Señor y su Espíritu se valen de nuestras fragilidades para seguir educándonos en la sabiduría del seguimiento y de la vida evangélica. No hay mejor escuela que la Cruz vivida en Cristo para aprender a ser menos egoístas y más hombres de Dios para su Pueblo. Estoy seguro que nuestras comunidades desean ver hombres reales y fieles y no, estereotipos de personas a las que el Señor volvería a llamar hoy: hipócritas.

Quiero decirles que los profundos dolores que hoy estamos atravesando juntos, sensiblemente experimentados, que son como una llamada de Dios a cuidar cada uno y mucho, el don del ministerio sacerdotal, pero también, una llamada de atención a que nos dejemos ayudar y a que nos ayudemos unos a otros a cuidar el don que cada uno es para esta amada Iglesia.

La vida escondida e invisible sólo se ve desde la fe. Y esa mirada también debe ser la que necesitamos tener los unos sobre los otros en la fraternidad sacerdotal. No podemos caer en la trampa del maligno que desea que nos veamos mal y sospechemos los unos de los otros. Necesitamos confiar. Necesitamos confiarnos. Les pido que estén muy atentos a las sutiles trampas y tentaciones del padre de la mentira, que le gusta sembrar desconfianza y que entre nosotros nos veamos mal. Copiemos la mirada que el Pueblo de Dios tiene de sus sacerdotes que sabe ser crítica y misericordiosa.

Personalmente, los veo hombres de fe, abiertos, entregados a sus comunidades, austeros, con ganas de servir a todos. También los veo con las perplejidades y las dudas de este tiempo. Por momentos, como inseguros, con ciertos miedos, que pueden detenerlos y bloquearlos para ser evangelizadores, misioneros alegres, creativos y jugados, con cierto profetismo necesario para estos tiempos en los que hay que poner la cara por Jesús. Pero les digo de corazón queridos hermanos, no puedo dejar de ver que han sido llamados por el Señor a ser pastores de esta Iglesia y los valoro enormemente y confío en ustedes totalmente. ¡Puedo ver a Jesús en ustedes!

Sé que son muy trabajadores en las cosas de Jesús. Gracias por ponerle el pecho a este tiempo en que se ha multiplicado el trabajo. ¡Gracias!

Les pido encarecidamente que recen mucho en el silencio y escondidos en lo secreto del Padre. Les ruego que “pierdan” mucho tiempo estando a solas con Jesús y hablen con Él todo lo que viven, piensan, sienten, desean. Todo de sus vidas y sus vidas mismas, vuelvan a entregársela al Señor con total confianza, cada día, en el silencio de la oración.

La alegría de ser reconocidos en el grupo de los que andan con Jesús, su Iglesia.

Es muy gratificante cuando nos reconocen que andamos juntos con Jesús. Cuando la experiencia de ser Iglesia nos llena de alegría. Cuando sentimos que este es nuestro lugar.

La Iglesia es sacramento de Jesús y del Reino. Es el misterio del Amor de Dios que nos convoca a todos nosotros que somos frágiles y pecadores, pero simultáneamente habitados por el Espíritu del Señor. Por la gracia de Dios, en la Iglesia, podemos sentir que el sueño de Dios sigue vivo y que la misión de dilatar la Civilización del Amor, la Fraternidad Humana, esta tan vigente como en aquella sinagoga en la que todos tenían los ojos puestos en Él.

Nosotros, sacerdotes del Señor y de la Iglesia, con nuestro pastoreo y fundamentalmente, con nuestras propias vidas, debemos sentir el peso y la responsabilidad de cuidar y embellecer a la Iglesia. Hacerla más pobre, más fraterna, más simple y llena de confianza, para que aquellos a los que Jesús llama hoy, sientan que son su familia. Mucho la embellecemos cuando somos generadores de comunidades esperanzadas que apuestan por un mundo más solidario y de paz.

Esto no significa ocultar nuestra realidad humana, disimulando nuestras fragilidades y pecados. No, no nos avergonzamos de lo que somos, porque en verdad, deseamos convertirnos, deseamos cambiar, deseamos ser más transparentes de una vida evangélica, deseamos esa santidad al modo de Jesús, una santidad sacramental, sacramentada, una santidad que hable de Dios y de no nosotros mismos. En todo caso, nos avergonzamos de perder el fuego del primer amor. Es la vergüenza que viene del amor a Él, de fallarle a Él y no la vergüenza que podría darnos la desaprobación de las personas, de las comunidades y del mundo.

Caminamos cuidados por la Madre del Señor, que es Madre nuestra.

Los evangelios son muy cuidadosos cuando se refieren a María, porque así de cuidadosa ha sido su presencia en la vida de Jesús, de la comunidad apostólica y en la vida de la primera comunidad.

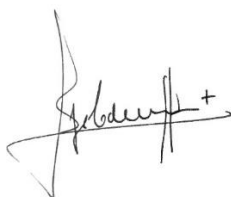
Es un verdadero consuelo experimentar esa seguridad tan particular, la que nos es dada por la presencia de la Madre del Señor. Una presencia muy cuidadosa, que nos hace sentir que también es Madre nuestra y eso nos afirma y sostiene en la misión sacerdotal. Ella nos acompaña en las buenas y en las malas, y esto consuela, da seguridad, nos confirma en la fidelidad.

La presencia de María de Luján en su Santuario le ha dado a esta Iglesia Particular algo especial. Es una relación que necesitamos hacer consciente permanentemente, porque nosotros la cuidamos y Ella nos cuida. Y si bien esto pueden decirlo en verdad todos los sacerdotes del mundo, nosotros somos privilegiados, ya que Dios en su Providencia dispuso que estemos cercanos a la Madre de todo un pueblo, de toda una Nación.

En pocos años, esa presencia cumplirá 400 años y nosotros seremos protagonistas de este acontecimiento de toda la Iglesia y de la Patria. Les pido que incluyan en sus vidas, en sus proyectos, en sus deseos, en su oración, este hecho tan singular que Dios desea que vivamos juntos: los 400 años del acontecimiento de Luján.

Ahora bendeciremos los oleos. Somos hombres ungidos por el Espíritu para ungir a nuestro Pueblo. Esto es algo maravilloso, que nos sobrepasa. Dios nos ha invitado a ser sacramentos de su Amor y de su Misericordia. ¡Quien los ve a ustedes, queridos sacerdotes, lo ve a Jesús!

Muy queridos hermanos, los invito a renovar las promesas sacerdotales con un tono de alegría en el alma, parecido al que tuvo María, cuando embarazada del Hijo de Dios y al servicio de su prima Isabel, asumiendo en ella la historia del Pueblo santo y fiel de Dios y en su nombre, canto "las Maravillas del Señor".



+ Jorge Eduardo Scheinig
Arzobispo de Mercedes-Luján